

GABRIEL MICHI

CABEZAS

UN PERIODISTA
UN CRIMEN
UN PAÍS



Espejo de la Argentina  Planeta

Cabezas

Michi, Gabriel
Cabezas / Gabriel Michi. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2016.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-5575-7

1. Investigación Periodística. I. Título.
CDD 070.44

© 2016, Gabriel Michi

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Fotografías de cubierta: Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina ARGRA (arriba), José Luis Cabezas. Revista Noticias (abajo)

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A. www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2016

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5575-7

GABRIEL MICHI

CABEZAS

*Un periodista
Un crimen
Un país*

Índice de contenido

Portadilla
Introducción
La foto
El encuentro
La última noche
El dolor después del horror
Cabezas, el hombre
Nuestras vivencias
Relación conflictiva
El fantasma
El comienzo del final
Radiollamadas
Sumarios multipropósitos
Distancia peligrosa
La madrugada de los malos
La Brigada
La bomba interna
Cabezas, el símbolo
Las primeras pistas (falsas)
Verdades y mentiras
Confesiones de otoño
El eslabón
El Excalibur del poder
Quórum propio
El gobernador
¿Un mensaje multidireccional?
Una de detectives
Operativo blanqueo
Las palabras y las pruebas

La última fuga
La cobertura mediática
Don Miguel
Los soldados de última trinchera
El juicio
De testigos y alegatos
La sentencia
Cabezas II
La impunidad
El regreso del fantasma
La herencia
Dos universos
Apéndice
 In memoriam

Gracias totales

*A la memoria de José Luis Cabezas
A su familia y a la mía
A mis tres soles: Tomás, Rocío y Zoe*

Introducción

«Me parece que tengo una mala noticia para darte.» La combinación entre esas dos palabras, «mala» y «noticia», era algo que conocía por mi oficio de periodista. Pero dichas por un comisario y en un contexto donde estaba buscando desesperadamente a mi compañero de trabajo, José Luis Cabezas, cobraba una dimensión distinta. Torturadora. Ningún periodista, por mucho profesionalismo que detente, está preparado para quedar involucrado en una noticia tan dramática, ser parte de ella, ser protagonista involuntario de una historia en la que sus sentimientos se funden con la información cruda y brutal que sacude a toda una sociedad.

Ese 25 de enero de 1997 la vida de una familia, la del periodismo argentino y la de todo un país iban a cambiar para siempre. También la mía. En democracia, habían asesinado a un reportero gráfico en Pinamar y lo hicieron de la manera más brutal y mafiosa. Y ese fotógrafo era mi compañero y amigo. Con quien compartíamos hasta ese momento, una vez más, la cobertura de la temporada de verano para la revista *Noticias*.

A partir de allí comenzaría a escribirse otra historia. La prensa dejaba así de ser receptora de amenazas y golpes para convertirse en un blanco de criminales capaces de asesinar a un periodista con el objetivo de «proteger» a los poderes más oscuros. Y mafiosos. Había que decidir: o el miedo nos paralizaba y ganaban los «malos», o dábamos batalla en la calle y en la información para desterrar a esas mafias y lograr las condenas de los homicidas. Elegimos este último camino. El de la búsqueda de la verdad y de la justicia. El de la libertad y la memoria. Por José Luis Cabezas. Y también por todos nosotros. Por la Argentina.

Mientras, ese «chabón bravo», como le gustaba definirse, dejaba su lugar en este mundo para conquistar un indescifrable espacio de símbolo colectivo. Un tránsito de hombre común y fotógrafo talentoso hacia un emblema del periodismo y de la libertad de expresión. Un ícono de la lucha contra la im-

punidad y las mafias. Dejaba de ser el reportero gráfico que le puso rostro a Alfredo Yabrán, el empresario más enigmático, sospechoso y poderoso de la Argentina, para convertirse en un guía que multiplicaba sus retratos a través de todos sus colegas, dejando al desnudo a las mafias —empresariales, policiales y delincuenciales— que lo asesinaron y a sus protectores políticos. Y eso no fue inocuo.

Estuve muchos años meditando acerca de escribir o no este libro. Para ser exacto, casi 20. Dos décadas. Las razones de mis dudas eran varias. Creía que narrar esta historia podría despertar todo tipo de interpretaciones. Pero mi compromiso siempre se basó en resguardar la memoria de José Luis. Y que su injusta muerte no quedara en el olvido.

Cuando explotó todo, con el «caso» cubriendo la tapa de los diarios, con las multitudinarias marchas en reclamo de justicia y la sociedad conmovida por el hecho, no faltaron los ofrecimientos para que contara esta historia como testigo directo de la barbarie. Casi como un sobreviviente. Que en mi caso se conjugaba con mi trabajo periodístico en la cobertura del caso, en medio de una redacción jaqueada por el miedo y el dolor. De seres humanos que solo querían hacer su trabajo, pero que fueron atropellados por una realidad impensada. Con el asesinato de un compañero, de un amigo.

Pasó el tiempo, el centimil en los diarios y revistas y las horas en la radio y la televisión seguían siendo importantes pero se iban enflaqueciendo al arrollador ritmo de la vorágine argentina. Con el transitar de los años, las sentencias a los asesinatos y su prisión posterior, parecía que la lucha contra el olvido y la impunidad había triunfado. Pero nuevamente, la injusticia volvió para quedarse. Y así llegaron las liberaciones de los criminales, cuando el tema ya se había esfumado de los medios. Entonces, regresó mi preocupación de que el crimen de mi compañero fuera devorado por la desmemoria; pese a haber sido una bisagra en la República Argentina.

Así, los dramáticos antecedentes que llevaron a su concreción conquistarían, una vez más, la impunidad deseada. Todo eso me empezó a convencer de lo necesario de un texto que explique desde lo humano y lo periodístico lo que significó semejante tragedia.

Luego vinieron los consejos de algunos amigos, colegas y profesores de periodismo, que me insistían con que este libro podría ser necesario, casi imprescindible, para entender cómo trabaja la prensa cuando es parte de la noticia; y más cuando se trata de una noticia de características tan dramáticas y brutales. Tras horas de escuchar los relatos acerca de cómo mi vida personal y profesional fueron atravesadas por la historia del crimen más violento contra la prensa desde el retorno de la democracia en la Argentina, un gran amigo me retó: «No es justo que eso te lo guardes para vos. Sería una pieza que podría ilustrar a muchos. Que abriría los ojos sobre cómo es para un periodista vivir en medio de un maremoto semejante». Y finalmente, el apoyo de la familia de José Luis en el desarrollo de este libro fueron los que me convencieron de seguir adelante.

Después de esta explicación, debo decir que fue difícil desde lo profesional utilizar la primera persona en estas páginas —algo que nunca compartí como parte del oficio del periodista— pero que se sustancia en el rol que me tocó vivir como testigo directo del único asesinato de este tipo en las últimas décadas.

El mensaje de silenciamiento. El plan criminal para que la prensa no investigara. Los códigos mafiosos. La impunidad. El olvido. Contra todo eso es que surgió este libro.

Pero sobre todo nació para recordar que en la Argentina asesinaron a un reportero gráfico que fotografió a las mafias. Que retrató a un poder criminal. Que puso al desnudo a un país oculto. Y por eso, quisieron cegar sus imágenes. Pero no lo lograron.

José Luis Cabezas los siguió revelando aún después de que obturaron su cámara. Y se multiplicó por miles. En cada retrato de un reportero gráfico, en cada palabra de un periodista, en cada recuerdo de su familia, en cada mirada de un ciudadano.

En todo eso, José Luis Cabezas está presente. Y este es mi sentido homenaje.

De eso se trata este libro. De las fotos de la mafia. La historia detrás de la historia. De un periodista. Un crimen. Un país.

La foto

Adrenalina periodística. Y mucho de temerarios. Muchos lo describirán como una enorme valentía. Y los resultados podrían darles la razón. Para nosotros era un desafío profesional, con condimentos sociales. Cuando con José Luis Cabezas conseguí la información necesaria y él capturó la foto de Alfredo Yabrán caminando en forma relajada junto a su mujer María Cristina Pérez por las playas de Pinamar, supimos al instante que esa imagen era uno de los mayores logros periodísticos de los últimos tiempos. Yabrán era el hombre más buscado por la prensa argentina. El hombre sin rostro. El hombre más enigmático y poderoso del país. El enigma que había desvelado a tantos. El mismo que se había jactado tiempo atrás de que «ni los servicios de inteligencia tienen una foto mía» o que había sostenido que «sacarme una foto a mí es como pegarme un tiro en la cabeza», en una síntesis de que sus enemigos podrían ser también muy peligrosos. O una demostración tácita de su transitar por un mundo donde las leyes o son hechas a medida o son adulteradas en sus límites de acuerdo con las conveniencias y la impunidad del poder.

Yabrán se había convertido en el tema del que todos hablaban. Pero no había casi registros anteriores a la imagen obtenida por Cabezas, salvo alguna fotografía muy antigua de reencontro de egresados en la escuela donde cursó su secundaria. O una toma muy lejana que había obtenido la revista *Noticias* en los festejos nocturnos de Año Nuevo de 1995 durante los fuegos artificiales del balneario La Pérgola, en Valeria del Mar, explotado por su socio local, el arquitecto Luis Abruzzese. Esas imágenes nos sirvieron de orientación en la búsqueda de Yabrán en el verano de 1996. Aunque la vaguedad y temporalidad de las mismas no nos daban la certeza de poder reconocerlo.

Pero ¿cómo se consiguió la famosa foto? En esa temporada, con José Luis, habíamos reforzado nuestra red de contactos y fuentes periodísticas, lo que nos sirvió para enterarnos de los

movimientos y llegadas de personajes famosos a las playas de Pinamar. Incluso teníamos identificadas las tres carpas que la familia Yabrán había reservado en el balneario Marbella, pese a que sabíamos que el magnate no estaba aún en Pinamar porque había viajado a los Estados Unidos para someterse a una operación de vesícula. Sin dudas, semejante nivel de detalles delata la precisión de la información con la que contábamos, incluso con personajes del entorno directo del empresario y algunas «viudas del poder» (como en el periodismo de investigación se menciona a quienes participaron del ejido de un determinado espacio, pero que por alguna razón quedaron relegados).

Lo cierto es que después de una temporada muy exitosa en materia periodística y cuando ya casi estábamos preparando las valijas para volver a Buenos Aires, el miércoles 14 de febrero de 1996, recibí un llamado de una de mis fuentes más confiables.

—Gabriel, mañana llega «El Tío» (una de las formas elípticas en que mencionaban a Yabrán, para no nombrarlo por el temor que despertaba y por la posibilidad de que nuestros teléfonos estuviesen intervenidos por sectores de los servicios de inteligencia que tenían vínculo o directamente reportaban al magnate).

—¿Ah, sí? ¿Sabés por dónde va a andar? —fue mi consulta.

—Tengo el dato de que a las 18:00 va a estar en La Pérgola, en Valeria del Mar, pero no es seguro que vaya. Está recién llegado.

—OK. Muchas gracias. Vamos a ver si tenemos suerte...

El día de llegada era, entonces, el jueves 15 de febrero de ese 1996. Con José Luis teníamos pauta una entrevista para ese día con el actor Miguel Ángel Solá en Mar de Las Pampas, un balneario poco conocido entonces que agrupaba apenas unas 50 casas y que prometía ser un refugio muy exclusivo para veranear. De hecho, cuando recorrimos el lugar, yo le comenté a José Luis que iba a plantear hacer una nota para la sección «Costumbres» de la revista sobre ese «futuro Cariló».

Lo cierto fue que nos encontrábamos en la encrucijada de tener el dato que nos podría llevar finalmente a conseguir una foto de Yabrán y el compromiso asumido por la entrevista con Miguel Ángel Solá, un actor que en esos momentos no acep-

taba notas y que en este caso había hecho una particular excepción porque el fotógrafo que lo iba a retratar era José Luis Cabezas, con quien tenía una simpatía especial que había surgido por su trabajo en reportajes anteriores.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a José Luis.

—Y no sé, fijate qué te dicen en la revista...

—Es que no podemos perdernos la oportunidad de hacerlo a Yabrán...

—Sí, ya sé. Pero como esta nota la pidieron tan especialmente, hay que ver qué te dicen...

Llamé a la revista. Hablé con el editor de la sección «Personajes», Rubén Giordano, que era quien nos pedía la entrevista con Solá, y le dije que no íbamos a poder hacer la nota con el actor. Me preguntaron por qué pero no quise anticipar la posibilidad un tanto lejana de conseguir la foto de Yabrán porque había una alta chance aún de no obtenerla. Todo era una gran incertidumbre y prometer algo así y después no cumplir era algo que no podíamos permitirnos. Y además, había un riesgo cierto de que nuestro celular estuviese «pinchado» y así se frustrase la posibilidad de retratar al magnate. Fueron tan vagas mis excusas que la insistencia del otro lado se hizo sentir. La respuesta fue que no podíamos cancelar la entrevista con el actor, que la habían estado buscando hacía mucho tiempo y que habían transcurrido años de la última nota con la revista *Noticias*, además de que el interés del actor se había despertado justamente porque era su «amigo» José Luis el que lo iba a retratar.

Así que ese 15 de febrero fuimos refunfuñando a la entrevista con Miguel Ángel Solá, no porque no nos gustase entrevistarlo —nos parecía una persona muy interesante, además del afecto que se tenían con José Luis—, sino por la extraña sensación de que podíamos perder una oportunidad única.

Después de la entrevista, volvimos a gran velocidad a Valeria del Mar, para ver si llegábamos a encontrar al empresario en el balneario La Pérgola —tal como me lo había anticipado mi informante— pero no había rastros de movimiento en el lugar. Entonces decidimos pasar con nuestro auto por la puerta de la casa de Yabrán en Pinamar y detectamos un movimiento que hasta ese momento de la temporada no se había visto en su mansión «Narbay», con varias camionetas 4x4 en su estacio-

namiento, y algunos muchachos que deambulaban por allí, con «pinta» de custodios. Más tarde volvimos a pasar y vimos el humo que se levantaba entre los árboles de alrededor, lo que anunciaba un asado nocturno y, por lo tanto, que era muy probable que el magnate se quedara a cenar en su casa ese primer día de estadía en Pinamar.

Fue allí que con José Luis decidimos que al otro día, el viernes 16 de febrero de ese 1996, íbamos a montar guardia desde muy temprano para ver si obteníamos la imagen del empresario. Nos interesaba particularmente la foto porque la investigación sobre las sospechosas inversiones que Yabrán estaba realizando en Pinamar yo ya la tenía resuelta y solo necesitábamos la imagen más deseada para ilustrarla.

Ese viernes llegamos a las 7 de la mañana al lugar. Justamente por la posibilidad de ser detectados por los matones que custodiaban al «Cartero» y que eso abortase nuestra misión, decidimos colocarnos en una especie de colina de tierra que hay a 50 metros de la puerta de entrada de «Narbay». Esa colina está en un descampado que daba a la calle Noctilucas y donde desembocaba la calle De La Sirena, la misma que terminaba, en el otro extremo, en la puerta de ingreso de la casa de Yabrán. Es decir, estábamos a 50 metros del lugar por donde debería salir el magnate, sobre una colina que nos daba un buen ángulo y escondidos detrás de unos matorrales que cubrían nuestra presencia. José Luis estaba con un lente largo que le permitía tener un primer plano del acceso a la casa de Yabrán, que era abierta, sin muros ni obstáculos que impidieran su visibilidad. No había ninguna invasión a una propiedad privada ya que se trataba de un descampado sin propietarios. Y la perspectiva era hacia un lugar público a la vista.

Habían pasado unos pocos minutos cuando vimos que Yabrán —contra nuestros pronósticos— volvía a su casa. Tenía un maletín negro en su mano y había madrugado más que nosotros, para resolver vaya a saber qué negocio de los múltiples que tenía en el balneario. La adrenalina y las pulsaciones de ambos se aceleraron. José Luis llegó a retratarlo de espaldas, ingresando a su casa con ese maletín. Pero solo eso. Eran las primeras imágenes que obteníamos del empresario, pero ni él ni yo nos quedamos conformes. Era una toma demasiado vaga

y no servían al objetivo periodístico que nosotros perseguíamos. Fue allí que le dije a José Luis:

—Vos quedate acá. Yo voy con el auto y me estaciono sobre De La Ballena (N. del R.: la calle de la casa de Yabrán), unos metros más adelante y si veo algo te mando un radiomensaje.

—Dale. Si él se va para el otro lado yo lo voy a ver desde acá. Pero si se va para el lado del centro, de acá no lo veo.

—Por eso. Yo me pongo unos metros más adelante, por si sale para el centro.

Y hacia allá fui. Con el auto rentado por la revista, estacioné a unos 30 metros del estacionamiento con tres portones de la casa de Yabrán, me puse a leer los diarios del día anterior (en realidad fue un intento un poco forzado de disimular mi presencia), mientras que por el espejo retrovisor supervisaba los movimientos que pudieran ocurrir, ya que estaba de culata.

Alrededor de las 10 de la mañana veo el movimiento más esperado. Sale una de las camionetas Ford Ranger y encara en la dirección para donde estaba y pasa a mi lado. Desde mi celular le mando un radiomensaje a José Luis, avisándole la novedad y le digo que la voy a seguir para ver hacia dónde va.

La camioneta toma la avenida Bunge hacia la Costa y dobla a la izquierda en la Avenida del Mar hacia el norte. La rebaso para cerciorarme que era el empresario y en ese momento lo veo, al volante, conduciendo con la ventanilla baja y una musculosa blanca, cuyas mangas se cortaban sobre el inicio de los hombros.

Como la Avenida del Mar (la costanera de Pinamar) tiene varias cuadras de largo evaluo que, dado que Yabrán circulaba a una velocidad no mayor a los 20 kilómetros por hora, me daba margen para ir a buscar rápidamente a José Luis a aquel descampado donde montaba guardia y volver a alcanzar la 4x4 del empresario. Y le digo:

—Vení, José. Está yendo para el norte por la costanera, así que lo podemos alcanzar y ver dónde sacarle la foto.

José Luis se sube al auto y encaramos hacia ese destino. Pero sin suerte. Entonces encaro para el complejo en construcción Terrazas al Golf, que estaba levantando Yabrán en esa zona pero distante a unos 800 metros del mar, sobre la avenida Enrique Shaw. Y mi intuición no nos engañó. Cuando llegamos a esa avenida vemos la camioneta del empresario recorriendo